

Discurso de don Crescente Errázuriz del 12 de Enero de 1919 en el  
banquete ofrecido en la Moneda con motivo de su consagración episcopal

Sólo palabras de gratitud deben salir de mis labios en esta ocasión.

Cuando Dios, - y no os sonará a inmodestia, sino a confianza cristiana, el que yo atribuya tan excelsa origen a mi investidura episcopal - me designó para ocupar un puesto del que todo parecía alejarme fué principal y constantemente el primer mandatario de mi patria, fueron sus colaboradores en el Gobierno, fueron muchas y distinguidas personas, los que coadyuvaron en la obra de dar alientos a mis cansados años, hasta convencerme a mi mismo de que debía, sobreponiéndome a mi repugnancia, aceptar la alta misión que se me quería conferir. Yo acepté, señores, convencido, yo que conozco mi escaso valer, de que era esa la voluntad de Dios, que da fuerza a los débiles cuando determina sacarlos del retiro que han buscado. Por eso comienzo diciendo, que sólo palabras de gratitud deben salir de mis labios en esta ocasión.

Pero no temáis, señores, que excesiva y tardía confianza en mis propias fuerzas, que no abrigué en años más favorables para disculparla, perturbe ahora mi serenidad. Sé que el árbol, a medida que el tiempo arruga su corteza, produce menos flores y rinde más escasos frutos; aunque, por una especie de compensación de la naturaleza, sus ramas añosas y torcidas adquieren mayor crecimiento, hasta permitirle pegar en sombra al hortelano los cuidados que antes en flores y frutos le retribuía. Feliz yo, señores, si como el árbol viejo que ya nada produce para deleite del paladar, logro proyectar esa sombra apacible que enjuga el sudor de la frente y da sosiego al ánimo excitado por el esfuerzo de la jornada. Nada más puede ofreceros mi gratitud, pero esto que os ofrece lleva la sinceridad de mi corazón.